



LE CON OLE!

Heredita y afortunada
Esta tierra de los *joles!*
Sin *joles!* no hay españoles,
Ni hay *circunstancias*, ni hay nada.

Si luciendo el talle va
Una moza de *mistó*,
¿Qué es lo que la digo yo,
Si no la digo «*jole ya!*»?

¿Que es casada, y ofendido
El esposo se querella?.....
Le reitero el *jole!* á ella,
Y digo: «*jole*, tu marido!»

¿Que nos administran mal
Las rentas municipales?.....?
Pues *jole*, los concejales,
Con *circunstancias* y *tal!*

¿Que no come el que trabaja
Y que el vago vive al pelo,
Y que el cambio sube al cielo,
Y *en cambio* la bolsa baja;

Y una peseta, en París,
No es ya moneda corriente?.....?
Pues *jole!* Si lo prudente
Es *olear* al país.

No alumbra la luz del sol
Tierra más afortunada.
jole! Yo no encuentro nada
Como este elogio español.

Que la política inmole
Nuestros derechos sagrados,
Y *jole, ya!* por los tratados
De estos *gobiernos del jole!*

¿Que una comedia muy buena
No da un cuarto al empresario,

Y que un *feto literario*
Tiene un éxito en la escena,

Y un *infundio musical*
Al gusto moderno halaga?.....
jole! el público que paga,
Y *jole!* el Arte nacional.

¿Que protestan *los señores*
De lo que no juzgan bueno?.....
jole, en el mundo, el estreno,
Y *jole!* *los reventadores!*

¿Que el cartel al otro día,
Por orden del empresario,
Dice: «¡Éxito extraordinario?.....»
jole, su madre y su tía!

¿Que sale al circo una fiera
Y revienta á un picador,
Y que mata al matador?.....
jole, la sangre torera!

¿Que deja un hombre al morir
La arena en sangre teñida,
Y que sigue la corrida,
Porque tiene que seguir;

Y dirige la función
La autoridad competente?.....
jole, el Señor Presidente,
Y las borlas, y el bastón!

¿Voy yo á elevar mi protesta
Contra la fiesta española?
jole, la gente manola!
Y *jole* con *ole* la fiesta!

jole, este suelo fecundo!
Y *jole*, la gracia de Dios!
¿Como mi tierra no hay dos!
¡¡ *Ole*, mi tierra en el mundo!!



UN COMPARSA

Hablemos, hablemos del buenísimo D. José; que si está bien que la prensa sude elogios de los poderosos y los sabios, no está mal que de cuando en cuando salgan á luz los humildes y los modestos, á quienes suele engrandecer la resignación con que sufren sus desdichas.

Digo, pues, que yo conocí á D. José y á su hija Sofia en las alamedas del Buen Retiro.

Por entonces andaba mi cuerpo algo desequilibrado con la vida de periodista que llevaba, durmiendo poco, trabajando día y noche, comiendo con cierto desorden. El médico me sometió á un régimen cuya primera cláusula me imponía un paseo matutino por el Retiro y un par de vasos de agua fresca de la fuente egipcia.

Allí iba también D. José, que era un hombre de unos cincuenta años, aunque algo acabado por los sufrimientos

y las necesidades, que se revelaban en su cara demacrada, surcada de arrugas, que quedaban más descubiertas, por ir del todo afeitado. Su hija era una muchacha de veinte años escasos, también pálida y delgada, de ojos grandes, pero apagados, revelando que en el alma que reflejaban no había entrado jamás pasión alguna, como si fuera una casa que nunca había tenido inquilinos.

Vestían ambos con excesiva modestia y con extremado aseo. Ella, Sofia, un vestido sencillo de color gris, parecido á esos hábitos que usan las mujeres por promesa, y un sencillo velo negro á la cabeza; y él, D. José, con pantalón también gris, gabán corto de color café, sin pelo ya, aunque sin manchas y ribeteado por mano casera, quizás por Sofia, y sombrero de copa sin brillo y de color indefinible, aunque no tornasolado como lo están otros á la vejez.

Todas las mañanas nos encontrábamos junto á la fuente donde yo tomaba, con un intervalo de descanso, mis dos vasos de agua, servidos por la mujer de un guarda que hacía oficios de aguadora. También D. José sacaba del bolsillo un vaso de cuero, y lavándole directamente en el caño y llenándole después, le ofrecía á su hija y se echaba él otro al cuerpo, diciendo con aire de complacencia: «¡Qué rica!»

Como aquella pareja de seres tenía cierta aureola de bondad y de modestia, no podían menos de inspirarme simpatía, y como además soy yo de carácter expansivo, á las pocas mañanas nos hicimos amigos; es decir, amigos como lo son, no los que tienen relaciones comerciales ó de profesión ó de negocios, sino como dos que viajan por un mismo camino, ó que se encuentran con frecuencia en la antesala de un médico, ó que viven en una misma calle.

Nuestra amistad creció, porque el afecto entre personas sencillas y bondadosas crece con el mismo vigor y se desarrolla con la misma rapidez que las plantas que viven en tierra franca y nutritiva; es decir, que á los pocos días ellos supieron que yo emborrataba cuartillas y yo supe que don José era *del teatro*.

—¿Del teatro?—exclamé con asombro.

—Sí, señor; pero no vaya usted á creer que cultivo el arte—contestó D. José con rubor—ni que soy actor de mediano mérito siquiera. Soy *comparsa*.

—¡Ya, ya!

—Sí tal. A otros les lleva al teatro su entusiasmo, su fortuna, su afán de gloria: á mí me han llevado á él mis desdichas.

—¿Sus desdichas?

—Sí, señor. Verá usted. Mis padres me dieron una mediana educación, pero no me dejaron bienes de fortuna. Eran comerciantes de buena fe y perdieron en el comercio un capital no despreciable, con esto la salud y más tarde la vida. Yo me casé á los treinta años sin más medios de vivir que un destino de 6.000 reales, que obtuve en una oficina del Estado. Al año de casado nació esta hija que usted ve, y que hoy es mi consuelo y el objeto de mis cuidados. Cuando llegó á los ocho años me quedé viudo, y al mes de enviudar, cesante. ¡Cosas que pasan en el mundo! Busqué colocación en cualquier parte, como busca pan el hambriento y salud el enfermo. Mis relaciones eran escasas, mis pocos amigos no tenían influencia, los destinos que se ofrecían entre los anuncios de los periódicos pedían fianza pecuniaria ó juventud en el pretendiente para sacarle bien el jugo..... en fin, que pasé un año..... ¡no sé cómo! vendiendo ó empeñando lo poco que tenía, con mezquinos préstamos de amigos, que si bien eran de mi condición en cuanto á bienes, tenían la ventaja de disfrutar un sueldo mezquino, pero constante, pan seguro, garbanzos seguros, en fin, ¡algo! Un día en que lloraba mis desdichas á un amigo y en que le hablaba de las mil tentativas que para dedicarme á algo hacía, me dijo:—¿Y por qué no te metes en el teatro?—¿En el teatro? ¿Yo? ¿Y qué voy á hacer allí? ¿Tengo acaso edad, ilustración, vocación, ni ninguna de las condiciones que para eso se requieren?—No hacen falta tales requisitos para ser *comparsa*, que es lo que te indico. — ¡Ah! ¿*Comparsa*?—Sí; en el teatro hacen falta, como en la sociedad, personas que hagan bulto, lo cual ya es hacer

algo, y por hacer bulto dan un jornal, escaso, muy escaso, pero al fin un jornal.

Mi amigo me recomendó con interés á otro suyo, éste me dió una tarjeta para un empresario, y desde entonces, es decir, hace unos catorce años que me tiene usted, amigo mío, rodando de teatro en teatro, de empresa en empresa, ganando un pedazo de pan en invierno y pasando no pocos apuros en verano.

Decir á usted las cosas que he sido y los disfraces que he tomado, sería interminable.

Ha habido noches que me he retirado á mi helada buhardilla rendido de haberme vestido y desnudado de bandolero, de cortesano, de soldado, de fraile.... ¡Y qué tarea! Quitarse unas calzas y ponerse otras (todas amplísimas, porque ya ve usted que mis carnes parece que se divorciaron de mis huesos), ahora la casaca de botón dorado, luego la chupa y empolvada peluca de palaciego, después el hábito de estameña y la barba de monje; y muchas veces me mareo, me confundo, mezclo unas prendas con otras, y si no pago multas por estos descuidos es porque, á Dios gracias, los cabos de *comparsa* suelen ser buenos y se compadecen de mi edad, de mis desdichas y de la triste condición á que me ha reducido mi mala suerte.

Pues mire usted, catorce años, como llevo dicho, ando en estas cosas, y así entra en mí la afición á ellas como puede entrar el entendimiento en una piedra berroqueña. ¡Qué quiere usted, no lo puedo remediar!

Sucede en ocasiones que me acuesto después de haber sido ricohome de la corte de D. Pedro, y á la mañana siguiente llega el casero y me arma un escándalo porque no le tengo preparados los míseros treinta reales del alquiler mensual.

Otras veces me siento en escena con otros compañeros á una mesa en que se nos ofrece opíparo banquete, con asados de cartón, copas doradas de cartón, en las que derraman vino ilusorio, y todo por el estilo. ¿Quiere usted creer que aquella ficción me sirve de aperitivo? Pues llego á casa, y mi pobre Sofía, que se ha pasado la noche cosiendo para añadir un par de reales á la ganancia de mi reducido jornal, me dice:—Padre, esta noche es preciso tener resignación; en la tienda no me han pagado porque no estaba el principal, y no he podido comprar cena.—Por ti lo siento, hija, le contesto, porque yo vengo cenado. Hemos hecho esta noche *El Hijo pródigo*, y en el acto segundo nos han dado una comida que nos hemos chupado los dedos.

En fin, lo que pido á Dios es que no me falte el jornal, porque mi reposición en el destino de 6.000 reales se ha hecho ya imposible. Si conservaran los memoriales que he enviado pidiendo que me repongan, abultarían como los folios de un proceso célebre; mi edad ya no me permite buscar acomodo en otra parte, porque en todas piden gente joven, activa, amaestrada, dura para el trabajo, y en el teatro vivo como debe vivir en su celda el monje ó en su cuadra el condenado á cadena; yo soy un forzado de los bastidores como los que antes había en las galeras, y he tenido que apelar á mis artimañas, porque la ninguna afición que hacía el teatro tengo y el temor de desentonar los cuadros, me ha puesto en algunos apuros. En una obra en que un conspirador contra no sé qué rey nos obligaba á jurar sobre la espada que le seguiríamos al combate y no sé qué

cosas más, teníamos que gritar primero: «Si, sí, lo juramos», y después: «¡No, no, no!» Yo equivoqué los términos y me puse en contradicción con mis compañeros, y me llevé una reprimenda del primer actor, en cuanto cayó el telón, que creí que aquel día perdía mi modesta posición. Desde entonces, ¿sabe usted lo que hago? Accionar como los demás, pero no despegar mis labios. ¡Allá se las arreglen! digo para mi capote, y así no hay cuidado de que me equivoque.

.....
No puedo negar que las confianzas de D. José me enterrecieron, y que desde entonces me inspiran alguna compasión y simpatía los pobres comparsas.

Cuando antes los veía en el teatro amilanados, inmóviles, rígidos, andando á empujones de los que hacen de jefes de ellos, con las ropas mal pergeñadas, la peluca torcida ó la barba descolgándose, mirando con asombro cuanto les rodea, y asustados por el desparpajo con que el primer actor grita, manotea y se impone á los que están en escena y á los que ocupan las butacas, me reía de los comparsas y decía contra ellos alguna pulla ó alguna palabra burlesca.

Hoy me guardaré muy bien de hacerlo. En cada comparsa desgarbado é indiferente me parece ver un infeliz, que va, como D. José, en busca de un pedazo de pan y un puñado de garbanzos para él y su hija.

Claro está que ya no voy por las mañanas al Retiro, ni bebo agua de la fuente egipcia, ni paseo con mi amigo don José y su hija Sofía; pero los veo de cuando en cuando.

Alguna noche al retirarme á casa me los encuentro como los conocí. Juntos, vestidos como siempre, como siempre delgados y pálidos, como siempre resignados con su pobreza.

—¿De dónde se viene, D. José?

—De cultivar el arte, amigo mío — responde con cómico sarcasmo.

—Y ahora á casita, ¿no es eso?

—Sí, señor, y de prisita, porque esta noche he hecho de conspirador tenebroso y me han dicho que el Gobierno nos sigue la pista.

Y siguen su camino en dirección á la mísera buhardilla.

M. MATOSES.





LA COSTURERA.—CUADRO DE BARBURGER.

O B S E S I O N

¿Sabéis lo que es, en medio de la noche,
Cuando descansa la ciudad, y en ella,
Rendido todo á la quietud, parece
Que duerme el aire, y el silencio pesa;

Cuando no se oye sino allá á lo lejos
La temerosa voz del centinela,
Ó el reló que, monótono, en la torre
Pausado el curso de las horas cuenta;

Cuando rompiendo su prisión, del sueño
Por la espiral en lo ignorado abierta,
Cada alma emprende misterioso viaje
Al país idéal de su quimera;

Cuando en la vasta obscuridad nocturna
No hay una luz; cuando tan sólo velan
En las calles el vicio vagabundo,
Y el recuerdo tenaz en la conciencia?

¿Sabéis lo que es sentirnos en el hombro
Tocar por alguien que en la sombra acecha,
Y que os dice: «heme aquí, ven á la cita;
Soy yo, la insomne, la implacable idea»?

Entonces ¡ay! aunque en las tibias ropas
El cuerpo, revolviéndose, protesta,
Pronto la lucha entre Jacob y el Ángel
Se traba una vez más en las tinieblas.

Aquella imagen de espectral contorno,
Sombra que el alma á lo exterior proyecta,
Germen de un sér que á reclamar la vida
Desde los limbos de la mente llega,

Quiere dejar de la abstracción las cumbres,
Cual las del Globo estériles y yertas,
Hacerse carne, revestirse forma,
Ser realidad y vibración y fuerza.

La veis al lado aunque cerréis los ojos,
Á un tiempo amante y desdeñosa, mezcla
De tentadora seducción que atrae
E inasequible excelsitud que arredra.

Sus pupilas alumbran el espacio
Con una extraña claridad sidérea;
Su cuerpo es un vapor hecho escultura,
Clásica estatua modelada en niebla.

Mas en vano su espíritu impalpable
Queréis aprisionar en la materia:
La aparición, aunque os incita, os huye;
Os rechaza cruel, aunque os asedia.

Sois como el caballero que en los cuentos
Halla encantada á la gentil princesa,
Ignorando la mágica palabra
Con que romper el sortilegio pueda;

Y ante el fantasma os retorcéis, sintiendo
La ofuscación de la idéal belleza,
Hasta que, asiendos del cabello, os postra
Deslumbrados y trémulos en tierra.



¿En dónde el nexo misterioso se halla,
En dónde está la conjunción suprema
Del pensamiento y la palabra, verbo
Donde se encarne la hermosura eterna?

¿Cómo lograr que la divina Psiquis,
Sin apagar su lámpara de estrellas,
Por una escala mística de estrofas
Hasta los brazos del amor descienda?

¿Quién con las cintas de los áureos versos
Atará al carro que á la diosa lleva,

De dos en dos, las palpitantes rimas,
Como apareadas tórtolas gemelas?

Así, ambas alas desplegando á un tiempo,
La inspiración hasta los cielos llega,
La palabra halla así de que en el mundo
Son los objetos esparcidas letras;

El plan divino al descubrir, precede
Siempre á la vida en su ascensión perpetua,
Y en todo el lujo de esplendor produce
Lo que aun informe la creación bosqueja.

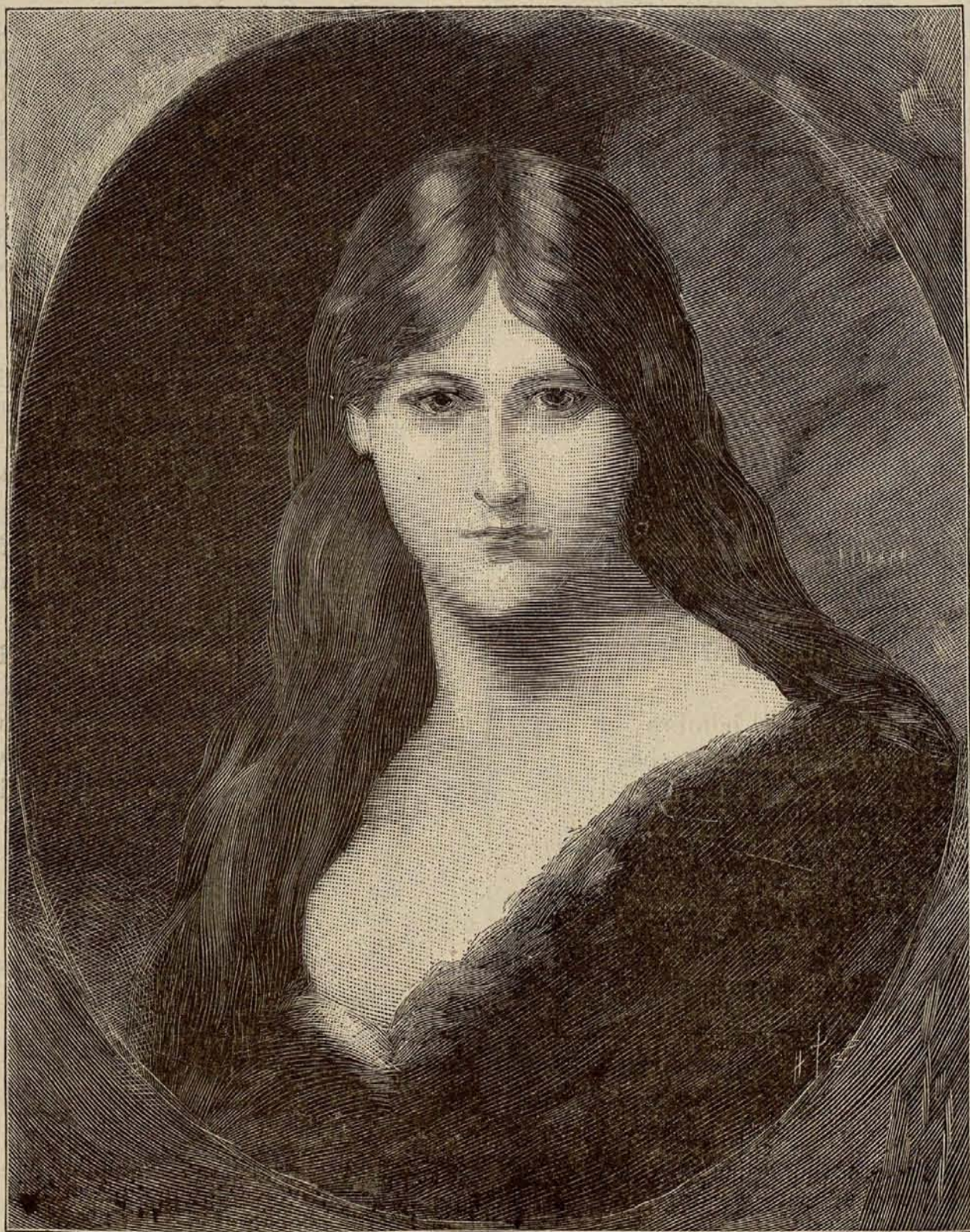


¡Oh poema imposible, cuya forma
Siento en el alma dibujarse incierta,
Cuyas estancias de flotante ritmo
Continuamente en mi interior resuenan;

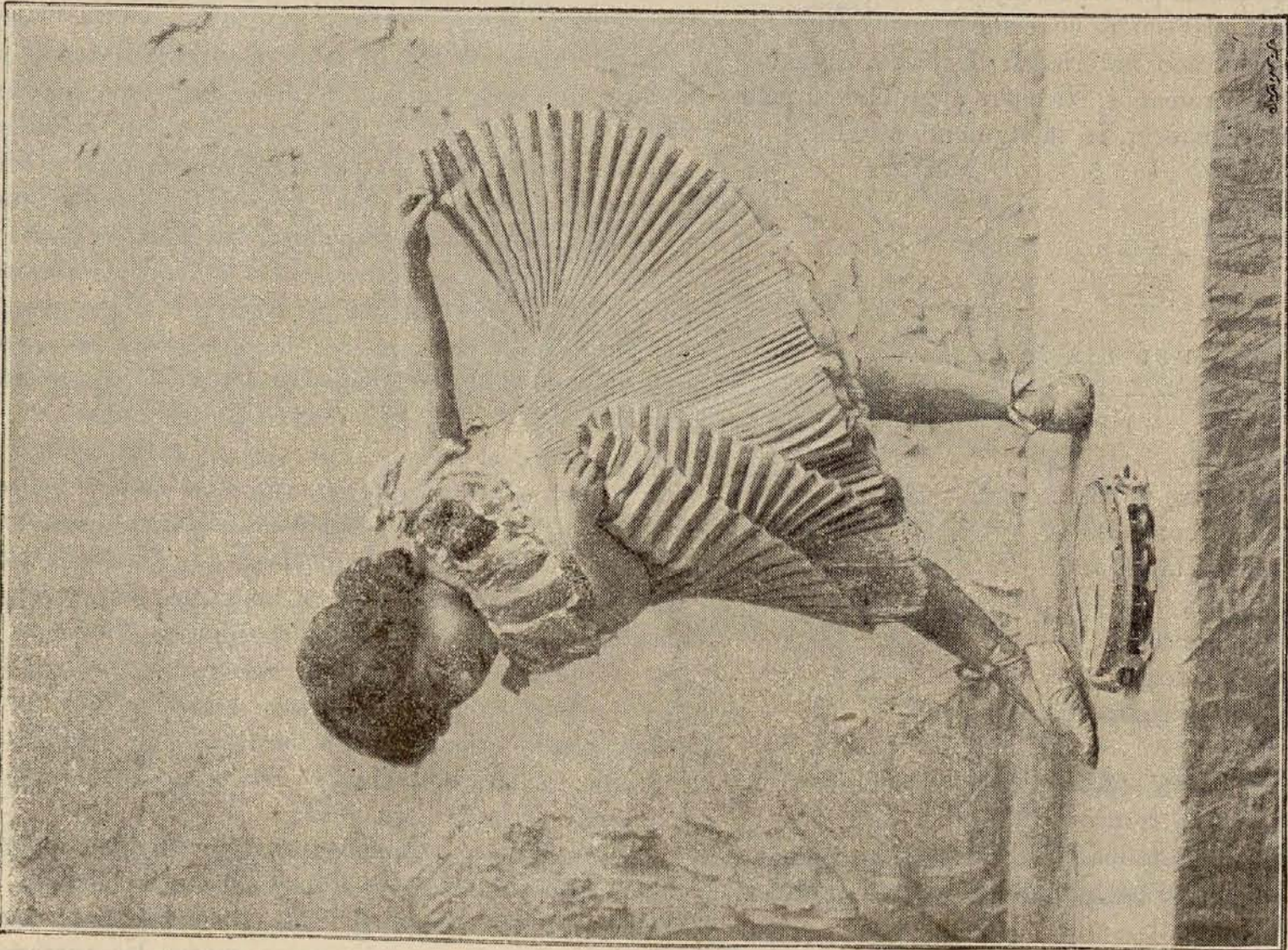
Sueño, idéal, aspiración, que llevo
Dentro de mí desde la edad primera,
Esquivo siempre á la inflexible frase,
Indócil á la rígida cadencia,

Si no me es dado transcribirte nunca
Vivo en los signos de la humana lengua,
Renace, al menos, en futuros días
Dentro del corazón de otro poeta!

EMILIO FERRARI.



LOLA.—CUADRO DE HENNER.



«SERPENTINAS» DEL PORVENIR.

(DE FOTOGRAFÍA.)

PROYECTO DE UN ALMUERZO

CARTA DE UN COCINERO DE S. M. Á LA EXCMA. SRA. MARQUESA DE A...

Madrid y Mayo de 1894.

Mi distinguida y respetable señora: aun cuando yo estoy separado de la cocina desde la muerte de mi augusto amo el Rey D. Alfonso XII (de gloriosa memoria), no quiero dejar de responder lo antes que me ha sido posible á la atenta carta que con asuntos de mi profesión tuvo usted hace dias la bondad de honrarme. Participame usted en ella que, deseando ofrecer un almuerzo á sus parientes y amigos íntimos para solemnizar sucesos felices que le deparó la fortuna en el transcurso del año 1893, fia á mi pericia en el arte (gracias le sean dadas por tal lisonja) la composición ó lista del almuerzo; al cual quiere concederle extraordinarias proporciones, algo así como notoriedad histórica, digna de los césares y magnates romanos. Arduo es el problema; pero allá va resuelto, á mi parecer, en la siguiente minuta:



ALMUERZO DEL DÍA tantos.....

Ostras.
 Consommé volaille.
 Salmón con salsa.
 Chuletas al natural.
 Mariscos.
 Asado de aves.
 Queso y frutas.
 Café, vinos, licores, etc.

¿No le parece á usted, señora, un excelente almuerzo?
 ¡Qué! ¿Arruga usted la frente como quien dice: «ese es un almuerzo semejante á todos los almuerzos, vulgarote y casi cursi, propio lo más de bachilleres que se han graduado con buenas notas?»

Un poco de calma, señora mía, y voy á explicarme.

Ya sé que las ostras, por ricas que sean, y lo son mucho,

no valen arriba de dos, cuatro ó seis pesetas la docena; y estas últimas traídas de Ostende en cajas neumáticas. Pero las ostras que van á servirse en nuestro almuerzo no son así: contendrán cada una su perla, y mandaremos por ellas á la isla de Ceylán, encargando que en la campaña próxima guarden los buzos las mejores, conteniéndolas en redes y barcazas hasta que nosotros avisemos que nos las envíen. El procedimiento para verificarlo no será nuevo, pues ya en la antigüedad un tal Apicio mereció honores singulares por haber inventado el modo de conservar frescas las ostras que del *Lucrino Lago* se le mandaban á Roma.

He nombrado á Apicio, y no quiero dejar pasar la ocasión de referir á usted un suceso notable de su mesa. Apicio era un romano de los más opulentos y sibaritas: fué el primero, se dice, que usó en el mundo vasos de cristal, los cuales tuvieron tal coste, que podían usarse de oro y piedras preciosas á menos precio. Para estrenar estos vasos convidó á Augusto, en cuya presencia un esclavo aturdido rompió el que se destinaba al Emperador. Apicio, furioso, mandó arrojar el esclavo al Tiber, como se verificó sin tardanza; pero Augusto, que no pudo evitar el castigo, mandó á su vez que le trajeran todos los vasos fabricados, y rompiéndolos por sí propio, exclamó:—«Obro de esta manera para que cada vaso no cueste la vida á un hombre.»

Continúo, Marquesa, el curso de mi carta, y digo á usted que tampoco ignoro que el *consommé volaille* se hace con una docena de pájaros á cincuenta céntimos cada uno. ¿Qué lujo sería este? Lo será, sin embargo, porque nuestro *consommé*, siguiendo las trazas de los gastrónomos antiguos, se hará con lenguas de ruiseñor, cogidos expreso en los bosques de la Alhambra; para lo cual mandaremos al *Chori*, á ese encantador de volátiles cuya magia incomprensible habrían pagado regiamente los Neronos y los Caligulas, aquellos que escogían para su regalo «las lenguas de lo que hablaba y de lo que cantaba».

Verá usted cómo Castelar, á quien considero uno de nuestros comensales, saborea el *puré* así confeccionado, sin percibir que es idéntico al que tan elocuentemente anatematizaba en sus primeros discursos contra las costumbres de Roma.



Agnes A. Knight

UN TRÍO ARMÓNICO.—(DE FOTOGRAFÍA.)

Respecto al salmón, pescado que de puro noble se va haciendo plebeyo, no crea usted que vamos á servirlo del Bidasoa ni de las rías de Marín, coloradote como brazo de lavandera y resistente como carne de toro. Nuestro salmón será blanco del Danubio, suave y exquisito como la lubina ó la dorada, aunque más aromático, y vendrá en agua de aquel río hasta Santander, desde donde lo trasladaremos á Madrid en la forma con que vienen las truchas salmonadas que se sirven el Jueves Santo á los pobres en el Palacio Real.

Note usted, señora, que yendo á Viena por el salmón, no hablo de traer á la vez los célebres cangrejos austro-húngaros, los más grandes, finos y gustosos de Europa, y para obrar así tengo mis razones. Hay en la Alemania que recorre el Danubio una frase vulgar que, refiriéndose á sorpresa de convidados, dice: «¡Sacude el perro!», lo que equivale en nuestra España á «¡fríe más jamón!», ó cosa por el estilo. Esta frase significa que los cangrejos son aficionados á carne de perro, y que allí en los rincones del río, donde van á parar estos animales, es donde más abundan y se conservan los crustáceos. ¿Cómo había yo de exponer á usted á que en su mesa hubiese algún conocedor del asunto que, al ver cangrejos tan extraordinarios y saber que venían de Alemania, incurriese en la impertinencia de preguntar: «¿Han sacudido el perro?»

Llegamos á las chuletas, sobre las cuales cualquiera dirá que aun perteneciendo al *buey gordo* de París, poca diferencia habría en ellas de las comunes. Esto es un error. Las chuletas que hemos de ofrecer á nuestros convidados serán de oso, y vendrán de la Siberia, donde se cazan los ejemplares más apetecidos. El oso es carne de moda, singularmente en Alemania y Rusia, cuyos cocineros la adoban de una manera especial. Ya va trascendiendo á Francia su uso, y usted tendrá la gloria de haberla introducido en España. No tema usted que hagamos el oso en esta ocasión, sino que, por el contrario, haremos del oso un nuevo manjar para enriquecer las grandes mesas de Madrid.

Y vamos al marisco, entre cuyas infinitas variedades escojo únicamente el dátíl como lo más sublime de la especie. El dátíl de mar, llamado así por parecerse á la fruta terrestre de su nombre, es, como tantos otros caprichos de la naturaleza, producción exclusiva de un punto determinado; y así como el *éperlan* no se cría más que en el Sena, y el *whitebait* en el Támesis, y la angula en el Nervión, y el pececillo de rey en las costas de Málaga, del propio modo el dátíl no se produce más que en la isla de Menorca. Hay que ir allá por él; pero como es un marisco que se come crudo, y á la altura de nuestro almuerzo sería extemporáneo este manjar, lo serviremos en conchas con salsa de camarones, encargándole al cocinero que no los duerma en la lumbre, para que conserven el gusto que en casos análogos disfrutaban los conocedores de las Baleares.

Este servicio en conchas merece alguna consideración de que no quiero prescindir. Las conchas privilegiadas, entre el número infinito de ellas que pueblan el mar, son las que, por su tamaño manuable, su forma de cajita de dijes, su rayado artístico, la placidez de su color externo y el suave almohadillado de sus caras interiores, se conocen en el mundo con el nombre de *conchas*. Cuéntelas la ciencia por millonadas de especies, que si usted dice que tiene una *concha*, nadie ignorará como es. Los antiguos las llamaban

Conchas de Venus, por considerar que solo de una envoltura de esta clase podría haber brotado la diosa de la belleza entre la espuma de las aguas. Sirviéronse de ellas para usos civiles y políticos, pues que hasta para emitir votos solemnes los consignaban en conchas; introdujéronlas en la arquitectura como ornamentación natural y de gracioso aspecto; usáronlas en la orfebrería para fabricar caprichosas prescas y utensilios de lujo; en una palabra, idealizaron las conchas. Llega la Edad Media y se cubren con ellas los mantos de los peregrinos; escúlpense en forma de conchas las pilas del agua bendita; con conchas se retrata á Jesucristo bautizando á San Juan; y en fin, á las mujeres que se amparan bajo el nombre de la Concepción Purísima se las llama *Conchas*. Tiene además en nuestro país la concha una circunstancia especialísima. Cuando el Apóstol Santiago sufrió martirio en Palestina, sus discípulos dispusieron traer á España su cadáver para ofrecerle sepultura en la tierra donde había visto la luz. Pero no todos estaban contestes en el lugar de su nacimiento, y, con el fin de precaver disputa, acordaron que la barca en que viniera se gobernase por sí propia, teniendo después por patria del Apóstol el punto en que se detuviese. La nave bogó, en efecto, á la ventura hasta la comarca de Compostela, frente al sitio en que hoy está edificada la capital, y, ¡caso milagroso! los costados del endeble buque pudieron resistir la furia de los mares, merced á una capa de conchas que los reforzó, defendiendo la preciosa carga que conducían. Desde entonces los peregrinos que de toda la cristiandad comenzaron á visitar la tumba del Apóstol, dieron en cubrir sus vestiduras de conchas también, como para fortalecer su espíritu y su cuerpo en los azares de la santa visita; llegando á ser tan copiosa la demanda de este atributo religioso, que, conferido á la Basílica el privilegio de su expendición, fué en adelante una de las más pingües rentas de la mitra compostelana. Resulta, pues, de lo dicho, que las conchas pueden clasificarse en tres períodos históricos con la siguiente significación:—Edad antigua: símbolo pagano.—Edad media: atributo religioso.—Edad moderna: nos las comemos.

Pensaba, ilustre Marquesa, suprimir en nuestro almuerzo el asado, porque el ave seca no es verdaderamente plato de por la mañana; pero como en un convite de cierto fuste no deben omitirse los pollos de Mans ó de Bayona, los serviremos trufados, aunque con la novedad de que no se descubran las trufas. Para ello hay que preparar los pollos un mes antes de asarlos, haciéndoles comer trufas negras de Perigord, no blancas del Piamonte, que, aun cuando gustosas, son menos aromáticas, y con este procedimiento adquirirán las tiernas aves un sabor exquisito y una fragancia suprema.

No me pregunte usted, señora, si á los pollos les gustan las trufas: sospecho que no; mas así como á los pavos se les atraca de nueces para que engorden, y á los gallos se les emborracha para que se ablanden, los pollos tragan á pedacitos las trufas, quieran que no quieran, merced al dedo gordo del cocinero. Este y otros delitos que se cometen contra los vivientes comestibles en la alta y la baja cocina son atroces, sin duda, aunque nunca tanto como degollarlos después, asarlos y comérselos. Además es sabido que, consultado un gran jefe sobre si era cierto que á las anguilas había que desollarlas vivas para que estuviesen sabrosas, y

respondiendo que sí, se le objetó de crueldad con los pobres animales; á cuya querella él repuso casi emocionado:—«No negaré que al principio debió dolerles mucho, pero ya están acostumbradas y no chistan.»

Lo que nos va á ser difícil y costoso es proveernos de frutas frescas, en armonía con el tono del almuerzo. Propongo dos clases: una indígena y otra exótica. La primera será palmito de Elche, y la segunda, mangustán del trópico.

Ya sabe usted que el palmito fresco se obtiene esterilizando una palmera de las que tardan ochenta ó cien años en criarse. En el corazón de ese árbol poético, á quien se atribuye la primitiva idea del matrimonio, subsiste, á pesar de los años, un cogollito tierno como el primer amor, sabroso y delicado, que va á producir delicia en nuestros comensales.—Nada digo del mangustán, reina de las frutas, proclamada en ambos hemisferios como sin rival en el mundo; mezcla de melón, naranja y piña; de almendra, avellana y nuez; de uva, melocotón y pera; conjunto de todos los sabores exquisitos y de todos los aromas indefinibles con que la naturaleza ha dotado á las frutas, y que, como compensación á los ardores del trópico, reservó para la línea equinoccial, sin permitir en ninguna otra parte su producción y cultivo.—Ya ve usted que va á costarnos caro el mangustán dichoso, porque su propia extraordinaria naturaleza lo hace flor de un día; pero los adelantos físico-químicos de la época nos permiten esperar que un ingeniero nos venga de Singapoore con la fruta deseada, con esa fruta que salen á ofrecer en alta mar escuadrillas de esquifes á los viajeros del extremo Oriente. ¿No vienen ya frescas á Europa las carnes de la América del Sur? Quizá, andando el tiempo, si movilizásemos el mangustán, le elevarían á usted una estatua los anglo-indios, como los holandeses se la han levantado al que ahumó la sardina y difundió esta riqueza de sus mares por todo el orbe.

Dos palabras nada más para ocuparme del queso. Prescindiendo de cuantos se fabrican en Europa, y voy á encargarme

que nos lo hagan en Fez ó en Mequinez con leche de camelias, cosa que será tan original como de gusto, y que puede abrir camino á un *modus vivendi* en las relaciones comerciales hispano-mauritanas. Ya sabe usted que nuestro porvenir está en Marruecos.

Otras dos palabras todavía sobre el vino, y concluyo. No voy á mandar por lo que bebamos ni á las bodegas de Jerez, ni á las del Marne, ni al Rhin, ni á Siracusa, ni siquiera á Chipre: nuestro vino vendrá de Londres; ¿se admira usted? vendrá de Londres, y estará elaborado con uvas de la *Gran Parra*, de ese monumento vitícola que los ingleses adoran, quizá porque no tienen otro, aun cuando él sea el mayor del mundo. No quiero participar á usted las mañas de que he necesitado valerme para adquirir tan singular licor; pero bástele saber que nadie lo ha bebido hasta ahora, y que nosotros lo beberemos aunque resulte un poco agrio.

¿Cuánto nos costará el almuerzo?—Usted en este punto no me pone cortapisa, sino que desea quedar bien, cueste lo que cueste; mas yo, que soy hombre de orden, he echado mis cálculos y creo que con quinientas mil pesetas hay suficiente para el programa anterior, y quizá sobre alguna cosa, en cuyo caso podemos hacer que la cartulina y tinta de los *menus* se reemplace con chapas de oro y letras de esmalte azul, constituyendo así unos verdaderos *imperdibles*.

¿Qué es todo esto, respetable Marquesa, comparado con la gloria que usted obtiene? De los antiguos romanos se conserva, en ocasión parecida, esta hermosa frase: «Hoy come Lúculo en casa de Lúculo»; es decir, hoy se sientan á la mesa el sibaritismo y la prodigalidad. ¡Qué comida!

Pues bien, señora; si usted sigue mis consejos, quizá las generaciones venideras digan de nuestra España: «Aquel día almorzaron en casa de la Marquesa de A... sus parientes y amigos Be, Ce, De y Efe. ¡Qué almuerzo!»

Quedo á los pies de usted.

UN COCINERO DE S. M. (*jubilado*).



